

Boletín Salesiano

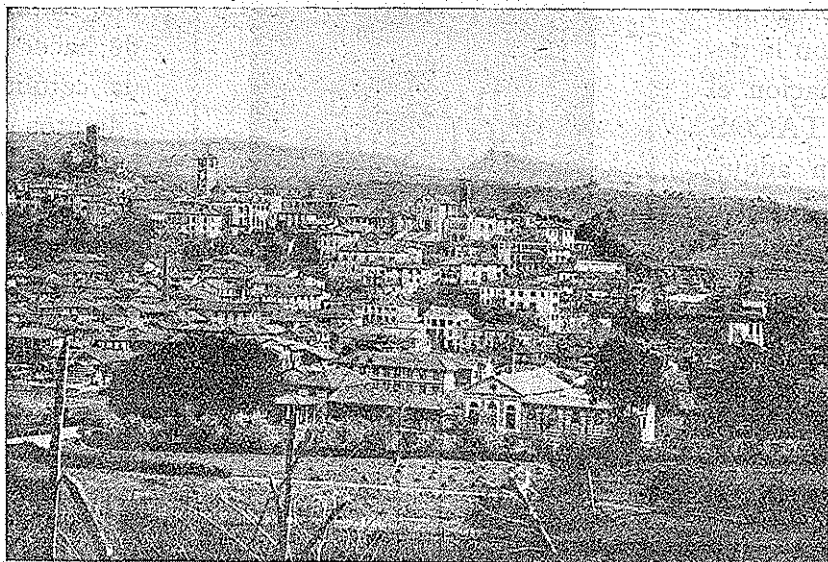
REVISTA DE LAS OBRAS DE DON BOSCO

Año XXXVI — N. 12.

Diciembre 1921.



Sumario. — ■ *¡Don Albera ha muerto!* ■ — *Para el tercer centenario de la muerte de San Francisco de Sales* — *Por la buena prensa* — *Contra la moda impúdica* — *De nuestras Misiones: China: La revolución - Peligro que corrieron dos misioneros* — *Los que mueren... El Ilmo. Sr. Don Santiago Costamagna, Obispo Titular de Colonia - Datos biográficos - Excmo. e Ilmo. Sr. Don Juan Marengo, Arzobispo Titular de Edesa e Internuncio Apostólico* — *Bibliografía* — *Culto de María Auxiliadora: Gracias de María Auxiliadora* — *Índice generale.*



Iglesia Parroquial de Castelnovo d'Asti,
pueblo natal del Ven. Don Bosco.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Via Cottolengo N. 32 - TURIN 9 (Italia).

BOLETÍN SALESIANO

— REVISTA DE LAS OBRAS DE DON BOSCO —

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Via Cottolengo, N. 32 - TURIN (Italia)

¡DON ALBERA HA MUERTO!

La familia salesiana gime hoy bajo el frío y rígido manto del dolor, víctima de la furia con que la muerte ha repetido sus asaltos en el *Libano* salesiano y arrancado de cuajo sus más corpulentos y empinados cedros. Una tras otra hemos visto extinguirse en el término de un mes tres lumbreras de primera magnitud, que brillaban con destellos vivísimos en el firmamento de nuestra amada Congregación. La muerte entró como ladrón en esta casa, y después de haber arrebatado preciosos despojos episcopales, asestó traidoramente su golpe certero en la cabeza de nuestra Sociedad. Nuestro Rector Mayor Don Pablo Albera ha muerto repentimente. Numerosa familia esparcida en todo el mundo llora, sumida en la más desconsoladora orfandad, la desaparición del más augusto de sus miembros.

¡Don Albera ha muerto! Y ha sido su muerte un sueño dulce y plácido. Durmióse en el blando seno de la noche, y con ligero intervalo de vigilia pasó de los brazos de aquella a los de la eternidad donde descansa con los justos, al calor de un mismo regazo, de las fatigas que le acompañaron sin abandonarle un sólo instante hasta el último de sus días.

En medio de este lamentable desconcierto nuestra lengua enmudece, y nuestra vista no acierta a descubrir, porque la enturbia el dolor, los anchurosos límites de tamaña desgracia.

Irreparable, inmensa desgracia para todos los que creemos que los hombres cuyas frentes resplandecen con rayos de cielo, son los más eficaces bienhechores de sus semejantes en la tierra. Y Don Albera derramaba en torno suyo haces poderosos de luz celeste: su semblante pálido, rugoso, ericaneado y al mismo tiempo risueño y dulce, fiel espejo de su alma transparente y hermosa; traslucía el misticismo más evocador. Este hacía que la lumbrera encendida de caridad que ardía en su pecho hacia Dios, prendiera también

en el deseo de beneficiar a sus prójimos, con preferencia al menos válido. Así fué su vida: amor traducido en obras, en trabajo incesante que le agotó por completo todas las energías.

Aquel cuerpo endeble; encorvado por los años, y más aún por el peso de una labor ruda e incesante, ostentaba visiblemente durante varios meses el sello de los que padecen. Paso a paso hemos seguido con ansia el proceso fatal de su enfermedad. Al inclinarnos para estampar un beso en su mano blanca y fina como el alabastro, no osábamos calcular la duración de su existencia prodigiosa y llena de merecimientos; mas nunca acertáramos a creer que aquella vida apuraba entonces las gotas de existencia que quedaban en el fondo de aquel cáliz mortecino, ni que su acabamiento fuera tan imprevisto y fuera de todo cálculo.

Aquellos ojos menuditos y siempre risueños se cerraron a la luz del mundo en esta pequeña *Ciudad santa* de Valdocco, en medio del cariño de los Salesianos y de los estudiantes y artesanos que se aperciben en estas escuelas para las luchas de la vida. Mirad al humilde sacerdote tendido sobre el lecho, donde yace vestido de traje talar; las manos cruzadas ante el pecho y el rosario entre ellas, Don Albera parece vivo: su semblante, recogido y devoto, como cuando concentraba fervorosamente sus potencias y recogía sus sentidos para comunicar con Dios y deshacerse con él en un coloquio fervoroso y tierno. Aquel cuerpo yacente ostenta rasgos de humildad profunda, él os muestra la caridad que animó su espíritu; su bondad incomparable que difundía muy lejos de sí. ¡Santa bondad la de Don Albera qué salía al encuentro del desconsuelo, lo mitigaba con palabras de aliento, y detenía como con mano de hierro el infortunio y la miseria, y los alejaba de cuantos llamaban en demanda de socorro a las puertas de su caridad,

Pocos, muy pocos supieron como él hacer llegar al alma la dulcísima palabra del amor. Pocos supieron como él diluirla en tan viva expresión de dulzura, en efusiones tan calientes y encendidas de cariño.

Aquel corazón tan anchuroso, cuyos límites no alcanzaba a tocar un mundo de miserias, sufría al sólo pensar en desventuras que no alcanzaba a remediar. ¡Cuántas veces hacía partícipes de este dolor a sus hermanos y amigos dejando caer una gota en el corazón de éstos!

La guerra que ha sembrado por doquier la desventura, ese monstruo creador de orfanidades, dió ocasión a Don Albera para mostrar sus entrañas de padre a un sinnúmero de niños que gemían envueltos en luto y comían su mísero y escaso pan mojado en las lágrimas de el más desolador infortunio. Igualmente a otros tiernos parvulillos a quienes el terremoto había arrebatado junto con las paredes el calor del hogar que alimentaban los seres que les dieron el suyo; a estos también abrió de par en par las puertas de sus casas, y dividió con todos su pan y su amor. Bajo la protección de la Providencia, abrió nuevos hogares al pobre, con aquella fe ciega y confianza ilimitada en Dios, propias de cuantos héroes alistados bajo las banderas de la caridad han atravesado este valle de dolor.

Con la caridad por enseña y con las armas de su sencillez encantadora y su humildad profundísima ejercía un poder avasallador y se imponía donde quiera que aparecía. En el templo y en la escuela, en el taller y en el patio donde bulle y clamorea una turba de inquietos y jugueteros muchachos, entre las humildes viejecillas que le asaltaban a la salida del templo, ante la púrpura y la mitra ante los príncipes y ministros del rey, Don Albera se imponía a todos con su físico trémulo, encorvado, modesto y venerable, en extremo.

Por delante del lecho donde yacía, para siempre dormido, pasaron Superiores y alumnos, admiradores y bienhechores, autoridades civiles y eclesiásticas de Turín, elementos todos que formaron después imponente manifestación para tributar el último homenaje a la caridad y a la beneficencia encarnada en la persona del segundo sucesor del Ven. Don Bosco.

La muerte.

La víspera de su onomástico (27 de junio) sufrió un leve ataque cardíaco; mas no por eso dejó de tomar parte y presidir las *Fiestas de la Graciosa* que en tal día se celebran en el Oratorio, por tradición que arranca desde los primeros tiempos en que fué dirigido por el Venerable. Las

emociones de aquel día debieron de ser muchas y muy fuertes, cuando al terminar la fiesta sintió un cansancio y malestar extraordinarios, efectos que se dejaron sentir al día siguiente con más violencia en aquel cuerpo herido ya por la enfermedad.

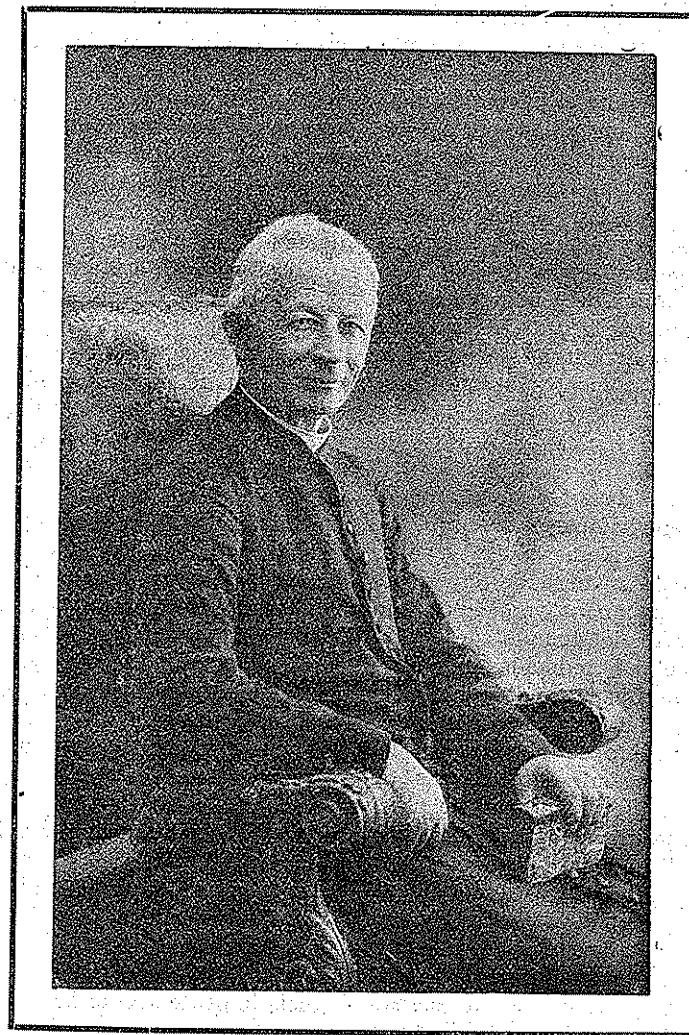
Con algunos cuidados logró rehacerse al cabo de pocos días; tanto que, tornó de nuevo a su régimen normal de vida. Pero en sus últimos días hubo de aplicar a sus labios el cáliz del dolor lleno hasta desbordar y apurarlo hasta la última gota. La muerte de Mons. Costamagna y la de Mons. Marengo acabaron por rendirle. Pero la fuerza de su voluntad era tal, que lejos de acongojar a los demás superiores participádoles su mal estado de salud, se esforzaba en acorrallar momentaneamente su dolencia; había logrado acallar el mal, mas no rendirlo, y así pasó su último día recibiendo en audiencia a numerosas personas que llenaban la antesala de su despacho.

Nadie pudiera decir, juzgando por su exterior que nuestro llorado Rector Mayor se hallara tan al borde del sepulcro. La noche antes de morir recibía informes de Don Rinaldi sobre varios asuntos de la Congregación. Don Albera escuchaba sereno con su sonrisa habitual, con sus ojos menuditos y tímidos, fijos en el pensamiento; después, daba su opinión, aconsejaba y observaba. Durante la noche se vió atormentado de terrible insomnio. A las cuatro y cuarto, según costumbre, dejó el lecho para comenzar el día con el santo Sacrificio de la Misa. Pero las fuerzas le abandonaban; sentía en su pecho latidos tremendos que repercutían en su garganta y se la anudaban impidiéndole el respiro. En el cuarto inmediato velaba su secretario el sueño del padre, y advirtiendo el estado del enfermo entró en su cuarto.

— «Quise celebrar misa, dijo Don Albera, pero me hallé sin fuerzas. ¡Que postración la mía!

Don Gusmano previó un desenlace tristísimo y lo hizo acostar. El malestar crecía; el corazón palpitaba con vehemencia e irregularidad tales, que no le permitía articular palabra; pero hablaba su mirada límpida y serena que se fijaba en los que le asistían a su cabecera.

¡Entraba en agonía! La desgraciada noticia había juntado a todos los Superiores del Capítulo en torno al lecho del moribundo. Una hora justa duró la agonía, durante la cual se administraron al moribundo los Santos Sacramentos. Entre tanto llegaron los médicos; pero holgaba su labor. Aquel cuerpo fulminado comenzaba a luchar con la vida; desmedidos esfuerzos desarrollaba para concentrar y mantener vivo y lúcido el pensamiento.... después parecía que



El Rdmo. Sr. Dr. D. PABLO ALBERA
Superior General de la Pía Sociedad Salesiana.

rezaba..., el frío invadió sus miembros... momentos después, los dedos secos de la muerte cerraron sus ojos, y por su boca entreabierta salió su alma, como un suspiro de amor a Dios.

La noticia de la muerte de Don Albera se esparció en un momento como fuego sobre un reguero de pólvora, despertando en todos un sentimiento vivísimo de dolor, un desconsuelo inmenso por la pérdida de aquel sacerdote cuya frente se hallaba circundada por brillantísima aureola de santidad y veneración ante el pueblo turinés. Y así, del ambiente de la intimidad, por así decirlo, la infausta noticia corrió por la ciudad de boca en boca, y en las plazas más céntricas, y en los barrios más apartados no se oía otra cosa que comentarios tristes y relaciones dolorosas de la muerte del Superior General de los Salesianos. Don Albera gozaba de veneración, y era estimado por multitud de gente que lo conocían por haber tenido la fortuna de acercarse a él, o haber recibido en momentos difíciles protección y ayuda.

La capilla ardiente.

Las dos y media de la tarde serían cuando el cadáver de Don Albera bajaba en hombros de cuatro salesianos las escaleras de su alcoba, seguido de un reducido número de Superiores y amigos que lo acompañaban, y era depositado en la iglesia sucursal del templo de María Auxiliadora. Es aquella de reducidas dimensiones, y a la hora en que fué depositado el cadáver se hallaba enlutada con paños fúnebres en cuyo fondo oscuro se destacaban alegorías de la muerte encuadradas en orlas de ornamentación severa y entre galones de plata y blanco. En el centro de la iglesia se alzaba un catafalco, sobre el cual fué puesto el cuerpo de Don Albera. La muerte reflejaba todo lo que puede tener de hermosa en aquel rostro venerable y marmóreo. Los labios sutiles se veían suavemente desplegados, como cuando sonreía. Sus ojos escrutadores y claros se adivinaban bajo el velo de los párpados; la frente nimbada con la blancura de sus cabellos y surcada de arrugas, huellas de continuos y nobles pensamientos. Aquella cabeza tenía toda la majestad de una escultura modelada por un genio. El cuerpo, empero, se perdía bajo las ropas talares. A nuestras miradas se ofrecía D. Albera incorpóreo, espiritualizado... Sus manos bondadosas cruzadas sobre el pecho eran dos puñados de apretada nieve, sobre cuya blancura se destacaban las cuentas del rosario y los brazos de una crucecita. Eran objeto de todas las miradas aquellas manos delicadas, inertes, que habían gobernado con firme pulso por tantos años el timón

de la Congregación, no sin que se atravesaran en su gobierno épocas críticas y sangrientas. Una ola de gente comenzó a invadir la pequeña iglesia que muy pronto se vió llena y en continuo movimiento de personas que entraban, se detenían a rezar ante el cadáver, y salían para dejar lugar a aquel cordón larguísimo que obstruía la entrada. Allí se juntó medio Turín sin distinción de sexos, clases, edades y condiciones: allí se mezclaba el potentado con el pobre harapiento, el militar y el estudiante, la noble dama y la humilde servienta, ancianos decrepitos y vivarachos niños... ¡muchos niños! La niñez de Turín en masa ha desfilado ante Don Albera, con timidez y respeto, casi de puntillas, como si temiera turbar el sueño del Padre indulgente.

Todos acudían a él en demanda de una bendición, poniendo como prenda de ello al contacto de sus manos venerables, objetos entregados a cuatro Salesianos que guardaban el cadáver de todo atropello que pudiera ocasionar cualquier empuje del cordón viviente; los cuales objetos eran recibidos con veneración, besados y guardados como reliquias por sus respectivos dueños. Un anciano se acercó tembloroso al féretro, se arrodilló, sacó del bolsillo del chaleco un reloj con tapas de amarillo azófar, deslucido por el uso y por los años, y al contacto con las manos del difunto exclamó en piamontés: « ¡Bendícid, oh amado Don Albera, el poco tiempo que aun me resta de vida! »

Y el alma de Don Albera, en la paz del eterno reposo donde mora sin duda, habrá escuchado las plegarias ingenuas y amorosas de aquellos corazones sencillos que le amaban con delirio. La capilla no se cerró hasta las 10 de la noche, y durante ésta fué velado el cuerpo del difunto por Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y numerosos Cooperadores.

Al día siguiente, a las 5 de la mañana, se abrieron de nuevo las puertas de la iglesia, y comenzaron las misas. Era domingo, y por esta circunstancia la gente acudió de nuevo en mayor número. Las misas se sucedieron hasta las 10; a las 11 y media llegó S. Ema. el Cardenal Cagliero, celebró misa en su aposento, y enseguida visitó el cadáver. A la 12 fueron cerradas las puertas, para no volverlas a abrir hasta las 3 de la tarde, hora fijada para la procesión fúnebre.

Imponente manifestación fúnebre.

No fué una mera ceremonia; ni menos un acto oficial desposeído de sincero afecto; el entierro de Don Albera fué una espontánea apoteosis cristiana, un testimonio más de fidelidad salesiana. Rara vez se ha visto en Turín

despertar el cadáver de un anciano tanta veneración, tanto respeto.

A las dos de la tarde las calles que llevan a la barriada de Valdocco eran otras tantas arterias de gente que iba concentrándose en el lugar de donde había de partir el cortejo fúnebre. De los barrios más apartados, muchos de ellos, como quieren los moradores del interior, guaridas a propósito para diablos, mandaron representaciones compuestas de miles de personas. Media hora después, la plaza era intransitable. En el patio mayor del Oratorio se agrupaban numerosísimas representaciones con sus banderas a la cabeza. Una tras otras van llegando y ocupando su lugar designado. Imposible contarlas; en menos de una hora son más de cien, momentos después pasan de doscientas. A la hora de la salida, en el gran patio no cabe un alfiler, pues se halla completamente lleno de elementos juveniles asociados que aguardan sólo la señal de partida.

Entre tanto, en el jardincillo que se hace a la entrada de la pequeña iglesia, se van reuniendo el duelo y las autoridades, mientras en la gran plaza que rodea la Basílica se estrecha la gente de manera, que es imposible dar un paso, porque allí no se divisa otra cosa que un mar de cabezas y algunas banderas que han quedado rezagadas.

Forman el duelo los Superiores del Capítulo y los parientes del finado, recién llegados de None y Pinerolo a dar el último adiós a uno de sus augustos miembros. Son mujeres modestas, en cuyos semblantes se pinta el dolor, y cuyos ojos hinchados y rojos vierten sin cesar amargas lágrimas. Son hombres de manos callosas, de tez bronceada y mirar duro, como el trabajo a que los sujeta la tierra, de la cual han de arrancar el sustento con el sudor de su rostro.

Entre las autoridades se hallaban presentes los Obispos Mons. Perlo, Vicario Apostólico de Kenia y Mons. Masera, obispo de Colle Val d'Elsa, ambos con ornamentos pontificales. Se hallaban además representaciones de la Casa Real, de S. A. la Princesa Laetitia, de los Duques de Saboya y del Clero; el Gobernador de la ciudad de Turín, muchos comendadores; el alcalde y varios concejales; infinidad de títulos de nobleza; los Cónsules de algunas naciones, y representaciones de casi todas ellas.

A las tres en punto comenzó a desfilar el entierro. En vista de la inmensa concurrencia fué preciso momentos antes de empezar la marcha, modificar el itinerario y prolongarlo, para que la cabeza del cortejo fúnebre no llegara al punto de partida antes de que hubiera arrancado de él el coche. Hora y media tardó en moverse éste desde que comenzó a abrirse la marcha de la

procesión. Más de cincuenta mil personas formaban las filas, y más de otras tantas la presenciaban desde las acercas. Y en éstas, y desde los balcones, y en cada grupo de los que formaban el cortejo, no se oía otra cosa que un sublime concierto de plegarias que se elevaban al cielo como suaves aromas de incienso. Valdocco entero se había convertido en un templo inmenso, cuyas columnas arrancaban de los edificios y se alargaban hasta perderse en el azul del cielo, bóveda hermosa de aquel grandioso templo. Todos rezaban el rosario en voz alta, y a todos embriagaba la emoción suave de piedad y de consuelo que penetra en el alma con la oración. No faltaba en aquel concierto la voz del desgraciado. Ocho mil albergados en el Hospital del Ven. Cottolengo se apiñaban en las ventanas, uniendo su voz a las del cortejo; y hasta en el mirar estúpido de aquellos deformes cretinos y de aquellos infelices idiotas, los más desgraciados moradores de aquella casa donde el dolor tiene su asiento, parecía brillar un rayo de inteligencia, ligero y rápido como el parpadeo de una estrella.

Grupos de municipales y de la Guardia Real se destacaron en varios lugares del recorrido y otros a los lados del coche rendían honores, acompañándolo durante el recorrido con el arma a la funerala. Detrás del duelo venían las autoridades y representaciones de las diferentes nacionalidades; a continuación una columna compacta de amigos, y, por último, una fila interminable de banderas con grupillos de asociados detrás de sus enseñas respectivas. Allí holgaba todo elemento oficial mantenedor del orden. Aquella inmensa oleada de cincuenta mil personas se ordena y mantiene su puesto por sí misma. Y así, el coche fúnebre escoltado por la guardia real y por un grupo de huerfanitos de guerra, los predilectos del malogrado Don Albera recorría en triunfo las calles de Valdocco, bañado en la dorada luz de una tarde espléndida de otoño, ataviada con todos los encantos de una melancolía dulce y soñadora.

Serían las seis cuando el coche fúnebre llegaba a las puertas del Santuario; a la entrada de éste aguardaba al cadáver el Cardenal Cagliero. La iglesia se llenó de bote en bote, y multitud de gente se agolpaba a las puertas. Cantóse un responso, invocó el Cardenal las bendiciones y el eterno reposo sobre el difunto, y fué dejando la gente poco a poco el templo, mientras las asociaciones que aun quedaban en la plaza desfilaban a la luz mortecina del crepúsculo, que agonizaba por momentos.

A la 9'30 del día siguiente, se celebraron los funerales de cuerpo presente en la Basílica de María Auxiliadora. El templo estaba llenísimo de

gente del pueblo, Autoridades y representaciones. Pontificó S. Ema. el Cardenal Cagliero, con asistencia pontifical de los Excmos. e Ilmos. Mons. Pinarđi, Obispo Auxiliar de Turín, en representación del Emmo. Cardenal Arzobispo; Mons. Masera, Obispo del Colle Val d'Elsa; Mons. Perlo Vicario Apostólico de Kenya y Mons. Scapardini, Arzobispo de Vigevano.

Hallábase presente el Colegio de Párocos de Turín, representaciones de Institutos religiosos de ambos sexos, asociaciones católicas de obreros y de círculos con bandera, etc. etc.

A las once y media terminó el pontifical e inmediatamente se cerró la Basílica.

Por la tarde a las dos, a puertas cerradas, se procedió a soldar la caja de cinc, cubierta de madera, que guarda tan preciosos restos. Por última vez vieron aquellas facciones venerables todos los Salesianos del Oratorio, los Directores de casi todo el Piamonte y un crecido número de Hijas de María Auxiliadora. El cadáver conservaba perfectamente las facciones como si estuviera vivo. Colocóse en él antes de cubrir y sellar el féretro, un tubo de vidrio que encierra un pergamino artístico, lleno de firmas de casi todas las Autoridades civiles y eclesiásticas que acudieron al entierro. Traducido el escrito dice así:

« En el nombre de Dios. Amén. La piedad filial colocó en esta urna los restos mortales del llorado Rđmo. Don Pablo Albera, que vió la luz en None el 6 de junio de 1845; fué elegido Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana el 16 de agosto de 1910, muerto el 29 de octubre de 1921, el año VII del pontificado de S. S. Benedicto XV, y XXII del reinado de Víctor Manuel III de Saboya, gobernando la Archidiócesis de Turín el Emmo. Cardenal Richelmy. Segundo Sucesor del Ven. Don Bosco consolidó y expansionó en el mundo la obra de sus predecesores; fundó nuevas misiones, se ofreció como padre a innumerables niños, huérfanos de la sangrienta guerra, fué testigo de la apotheosis que un pueblo tributó a su Ven. Padre en la inauguración del monumento erigido en su honor, y enlazó el jubileo de sus bodas de oro con el de María Auxiliadora ».

El féretro, oculto en un carro fúnebre, seguido de los coches que ocupaban el duelo y el acompañamiento, salió del Oratorio después de recibir el último adiós de los niños formados en los patios del mismo.

A Valsálce.

La conducción de los restos mortales a Valsálce se efectuó en forma privadísima. A la llegada del coche conductor se hallaban presentes el Emmo. Cardenal Cagliero, los Superiores del

Capítulo, muchos Salesianos, Hermanas, Cooperadores y representaciones de Círculos y Asociaciones con banderas. Todos aguardaban en el espacioso patio del Colegio de Misiones extranjeras, situado a las afueras de Turín.

El cadáver fué recibido por el Director del Seminario que precedía a los seminaristas revestidos de sobrepelliz. Cantaron éstos la antifona *Beati mortui*, mientras el Cardenal se revestía los ornamentos sagrados y se disponía la gente para dar la vuelta en procesión por los patios del colegio. Durante aquella se impresionaron varias cintas cinematográficas.

Subido el cadáver a la capilla, rezó el Cardenal las absoluciones de rúbrica, y enseguida tejió un elogio conmovedor en extremo, del difunto, evocando al mismo tiempo la figura de Don Bosco y de Don Rúa, y trazando a grandes rasgos el admirable desarrollo de la Congregación en todo el mundo, durante el tiempo que la gobernó el llorado Don Albera.

Los restos mortales descansan bajo el pórtico de la capilla que guarda las reliquias sagradas de Don Bosco.

Al lado de estos dos colosos de la caridad y del trabajo hallan descanso digno, y reposa aquel corazón compasivo y remediador de tantas desventuras. Y con Don Bosco y con Don Rúa seguirá dispensando su protección a la Sociedad Salesiana, a sus Cooperadores y beneficiados, para llevar a cabo la misión que constituyó el aliento de su vida: la gran obra de la fraternidad cristiana y del amor.

Los Miembros del Capítulo Superior

agradecen a los señores Cooperadores y amigos de las Obras Salesianas las demostraciones de duelo recibidas con ocasión de la dolorosa muerte de su Rector Mayor, al mismo tiempo que ruegan a todos sus Bhienechores se dignen continuar dispensando su caridad hacia dichas Obras, dirigiendo los donativos y correspondencia, durante la vacante del Rector Mayor, al

M. Rdo. Sr. D. FELIPE RINALDI

Prefecto General de la Pía Sociedad Salesiana

Via Cottolengo, N, 32

TURIN (9)